

—“¿Cómo esta noche? Hoy mismo, ahora mismo.”

“El odio me había hecho elocuente. En cuanto á mi determinación de batirme con aquel ente sobrenatural se explica por la situación de mi espíritu. La muerte no me daba espanto; antes al contrario, me parecía un consuelo. Si me mataba, concluían todas mis penas; si él era un hombre, yo podía tener la suerte de acabar con él. Si era un espíritu... en fin, ¿á qué razonar en aquel momento? Mi determinación estaba tomada, y por razón ninguna hubiera desistido de ella.

—Pero hombre—le dije,—¿no era temeridad dar ese paso, arriesgarse á morir?

—Yo no sé lo que era. Yo quería concluir—repuso el doctor,—y no veía otra manera de despejar la incógnita.

—¿Y se batieron ustedes?

—Sí: yo no quería padrinos; quería que aquel duelo fuese solitario como mi pena. Nada me importaba morir. Resuelto á no prolongar mi agonía, nos dirigimos aquella misma tarde á un sitio cercano á la capital.

—Pero hombre, ¡sin testigos!

—Llevamos dos pistolas; ambos fuimos en mi coche, y su buen humor era tal durante el camino, que me aseguró más en la inminencia segura de mi muerte. Para mí aquello

era en realidad un suicidio que yo realizaba en forma inusitada y nueva.

—¿Y cuál fué el resultado? Tengo curiosidad por saber cómo se portó usted delante de un adversario tan temible.

—¡Oh! amigo—dijo el doctor,—el resultado es lo más singular de la aventura; y en ningún modo puede usted sospecharlo. Yo le aseguro que es enteramente distinto de lo que usted se ha figurado.

## IV

Confieso que la narración del doctor Anselmo me iba interesando un poco, por pura curiosidad se entiende, pues no podía ver en ella realidad ni verosimilitud.

Había, sin embargo, una pequeña dosis de sentido en el fondo de todos aquellos desatinos, porque la figura de Páris, ente de imaginación, á quien había dado aparente existencia la gran fantasía de mi amigo, podía pasar muy bien como la personificación de uno de los vicios capitales de la sociedad. Si el doctor inventó aquello, fuerza es confesar que no carecía de algún intríngulis su

invención: si, por el contrario, creía real lo que contaba, indudablemente era uno de los mayores iluminados que han visto los tiempos. Deseoso de saber en qué había parado aquel duelo extraordinario, le incité á seguir; él no se hizo de rogar.

“Páris y yo nos dirigimos en mi coche al sitio que habíamos elegido. Por el camino hablamos poco, aunque él procuraba entablar conversación incitándome con dichos ingeniosos y agudezas que no quiero recordar. Yo no pensaba más que en la muerte, que creía cercana, inspirándome más regocijo que pena. Mi serenidad no era la serenidad del valor, sino la de la resignación: en aquel momento el mundo, mis riquezas, mi esposa, me daban hastío y repugnancia. Veía cerca el término de tantos dolores, y aquel hombre, aquel mónstruo diabólico en forma de sér humano, más que enemigo me parecía una salvación.

„Cuando llegamos al sitio del duelo, la tarde caía, y el Occidente se iluminaba con espléndidos colores y reflejos. Era fresco y húmedo el aire, y tan apacible que apenas se movían las hojas de los árboles, amarillas y débiles ya por los fríos del otoño. Sin necesidad de ser agitadas, se caían por su propio peso, muertas y lívidas antes de abando-

nar el árbol. Me acuerdo de esa tarde como si hubiera sido ayer. Paró el coche, bajamos, y anduvimos un buen trecho solos.

—¡Ay, amigo D. Anselmo!—dije yo,—reconozcamos que los procedimientos de ese duelo son de una inverosimilitud incomprensible. ¡Ir á matarse sin testigos, llevar usted al contrario en su mismo coche...! eso no pasará en ninguna parte, y estoy seguro de que es el primer ejemplo que se ve en las sociedades modernas.

—¡Inverosimilitud!—exclamó D. Anselmo; —¿quién habla de eso tratándose de un caso que está fuera de los límites de lo humano? No busque usted aquí la regularidad: si esto fuera como lo que pasa ordinariamente, no lo contaría.

Esta razón no dejaba de tener fuerza, y callé.

“Cuando elegimos el sitio, Páris me dijo:

—“¿Á ver las pistolas?”

—“Son buenas—reliqué yo entregándoselas.”

—“Lo mismo me da—contestó sin examinarlas:—para mí todas las armas son buenas. Cárgalas delante de mí, y después echaremos suertes á ver cuál tira primero.”

—“Ya están cargadas.”

—“Á ver de qué modo echamos suertes—

dijo Páris paseándose por el campo con el mismo desenfado y franqueza con que se había paseado en mi habitación.”

—“Con un pañuelo—dije yo.—Hagamos un nudo en una de las puntas, y el que...”

—“Me parece que eres un poco fullero—indicó Páris, riendo con todo el aplomo del que sabe que va á matar á su contrario.”

—“Arrojemos una moneda al suelo—añadí yo con impaciencia, porque aquellos preparativos para llegar á un fin para mí incuestionable me molestaban.”

—“Bien: pues si sale cara, tiro yo.”

—“Si sale cruz, me toca á mí.”

—“Vamos: echa la moneda de una vez.”

“Arrojé la moneda, cayó al suelo, y ambos nos inclinamos para poder distinguir la señal. Salió cruz: á mí me tocaba tirar primero. Nos colocamos á diez pasos. Yo apunté, ó por lo menos levanté el brazo, procurando dirigir el cañón de la pistola hacia el pecho de mi enemigo. El se reía al ver cómo el cañón del arma describía curvas en el aire, y allí me soltó unas cuantas agudezas que me desconcertaron más, obligándome á bajar la mano, pues habiéndose enfriado los dedos con el aire de la tarde, ni aun tenía fuerzas para disparar el tiro. Pero pronto apunté de nuevo para no irme al otro mundo sin desem-

peñar mal ó bien el papel que mi honor me había impuesto en aquel lance. Apunté sin procurar dirigir la bala, y cerré los ojos; el tiro salió, y Páris cayó en el suelo sin dar un grito, porque la bala le había atravesado de parte á parte el pecho.

—¡Demonio!—exclamé al ver el inesperado fin del lance.—¿Con que muerto?

—La contemplación de un milagro—continuó el doctor,—no me hubiera causado tanto asombro como aquella victoria adquirida sobre tan terrible adversario. Matar á semejante hombre, vencer á aquel genio maligno, era más de lo que podía esperar quien nunca manejó un arma, ni aprendido á luchar con antagonistas del otro mundo. Había vencido al mayor enemigo de la paz conyugal. Si era hombre, había librado al mundo de un malvado; si era la personificación de un vicio, una plaga humana, una calamidad social encarnada en arrogante cuerpo, había yo quitado á la sociedad la mitad de sus escándalos. Yo creí que alguna divinidad celeste había venido en mi ayuda. “¡Oh! mi honor—pensé,—mi honor, este sentimiento puro, acrisolado, ha sido para mí la divinidad protectora que ha dirigido mi brazo; ha infundido un soplo de vida en esta bala, para que volara consciente é irritada hacia aquel pecho y partiera

aquel corazón, centro de perfidia y engaños. ¡Dios mío! si el duelo es un crimen; si lo que acabo de hacer es un asesinato, perdona esta falta, precursora de bienes sin cuento. Tú que has permitido la presencia de este monstruo; tú que eres dueño y regulador sabio de los beneficios y los castigos; tú que das la lluvia benéfica, el rocío, el sol, el maná, y permites la peste, el hambre y el incendio, perdonarás, perdonarás la inmolación de este que creaste para nuestro castigo, imponiéndonos el trabajo de vencerle.

„Examiné atentamente el cuerpo de París, y ví que de su herida brotaba un torrente de sangre; pero estaba vivo aún: respiraba, movía lentamente los ojos, y me miraba con una expresión que no podía yo definir bien.

„Su mirada no era de tristeza ni de dolor. El singular estado de mi cabeza me hacía ver en sus labios una sonrisa burlona. Pero á pesar de esto su rostro estaba lívido y su cuerpo desmayado y flojo. ¿Creeréis que al verle así me dió lástima, y hubo un momento en que se aplacó mi odio? Somos hombres al fin. Además, al tocarle, al cerciorarme por mis propios sentidos de que era cuerpo humano, desapareció de mi pensamiento la creencia de que fuese una sombra, un ente de razón; en aquel momento no pensé sino

que era un joven que, habiendo adivinado mis sentimientos, quiso darme una broma ó burlarse de mí, haciéndose pasar ante mis ojos como un sér sobrenatural. En resumen, al ver aquel hombre herido por mí, que se desangraba en un campo solitario, sin auxilio de nadie, sin alivio corporal ni espiritual que suavizara un poco su muerte ya segura, me dió tanta lástima que resolví meterle en el coche y llevarle á mi casa para darle el auxilio que necesitaba.

—¿Pero no comprendió usted—le dije,— que se exponía á que le descubrieran?

—Habíale abandonado, si hubiese estado muerto; pero vivía, respiraba. ¿Cómo dejarle allí? Eso no cabía en mis sentimientos: además, mi odio se había disipado ante la victoria. No cejé en mi resolución, le metí en el coche con ayuda de mis criados y... á casa.

—¿Pero no podía usted depositarle en otra parte?...

—No; en mi casa no le descubrirían, porque yo había de tomar todas las precauciones imaginables. Abandonado ó entregado á alguien, sí sería descubierto inmediatamente. Así pensaba yo, camino de mi casa. Llegamos ya muy entrada la noche. Nadie nos vió entrar, le subimos con mucho cuidado, y le pusimos en un lecho. Cuando quedé solo

con él, le examiné con mucha atención: aún vivía. Mucha sorpresa me causó el que, lejos de estar más extenuado, más débil, más cercano á la muerte, por ser la herida profundísima, parecía más animado, y clavaba la vista serena y observadora en los objetos que adornaban la habitación. Cuando me sintió cerca, fijó en mí los ojos con una tenacidad que me hizo temblar. Parecía sondearme hasta el fondo del alma. Aquellos no eran los ojos de un moribundo. Después que me miró largo rato sin pestañear, su mano, fría como el mármol, tocó mi mano, comunicándome una corriente glacial, que circuló por todo mi cuerpo, haciéndome estremecer con una impresión para mí desconocida; sus labios se movieron como para articular un quejido, y una voz, que parecía salir, no de su boca, sino de una profundidad invisible, una voz de inmensa resonancia y gravedad dijo estas palabras, que no puedo recordar sin espanto: "Majadero, yo soy inmortal."

## V

"Aún me parece que le estoy mirando y que le estoy oyendo—continuó el doctor un poco abstraído.

Después se puso á mirar atentamente el techo, como si allí arriba hubiera alguna cosa escrita. Abandonado á la meditación, los ojos se le iban al cielo, tomando todo él aquella actitud de santo que le era peculiar. Después prosiguió la historia como sigue:

"No sé qué pensé entonces. Me ocurrió encerrarlo allí, y esperar días, semanas y meses á ver si herido, solo, sin comer ni beber podía existir aquel sér maldito. Entre tanto, salía la sangre de su herida, sin que por eso se postrara más su cuerpo: por el contrario, antmábase más cada vez, aumentando mi desesperación. Diga usted si el caso no era para volverse loco. ¡Estar constantemente perseguido por aquel demonio, que tampoco había podido matarme, y que concluía por instalarse en mi casa, junto á mí, siempre á mi vista, como mi conciencia, como mi pensamiento, como mi miedo! Mi rabia no tuvo

límites cuando le ví incorporarse en el lecho, y exclamar:

—“Ya ves de qué modo has conseguido que no salga de tu casa. ¿Te atreverás á arrojar de ella á un hombre que has herido, á un hombre que se desangra y se muere? Si me echas de aquí no es posible que te libres de la nota de asesino. Se descubrirá que has intentado matar á un hombre, vendrá la justicia, habrá escándalo... Dirán que el bueno de D. Anselmo encontró á un galán en el cuarto de su esposa y le pegó un tiro. Ya ves ¡qué escándalo! Si quieres que me marche, me marcharé; pero bien te dije que al salir de esta casa me llevaría tu honor. Necio, en vano quieres prevalecer contra mí, contra lo inmortal, contra lo omnipotente, contra lo divino. Yo soy superior á los hombres; yo soy parte de ese mal que desde el principio pesa sobre vuestra existencia, y del cual no os podéis librar, porque una ley suprema le pone sobre vosotros y en vosotros como una faz de la vida. Aquí estoy, en tu casa; eso es lo que yo quería. Ella sabe que estoy aquí; muchos de fuera lo saben también. Pero esto es ahora un secreto guardado por muchos. Si quieres que haya escándalo, si quieres que mil voces hablen de mí, si quieres que esto se publique por calles y

plazas, échame de aquí; yo me voy gustoso, pero ya sabes todo lo que me llevo.”

—“Pero ¿qué fuerzas se han de emplear contra tí?—exclamé en el colmo de la turbación.—Sean morales ó materiales, algunas fuerzas habrá que te venzan, demonio incomprendible, más fatal que cuantos se emplean en tentar á los hombres, llevándoles por los caminos de todos los vicios.”

—“Contra mí no hay nada que prevalezca—contestó recobrando poco á poco su habitual buen humor y ligereza.—Ningún arma me puede herir; no tomes en serio lo que ha pasado: no creas que me has vencido, pobre loco: lo que has visto no ha sido más que un incidente preparado con objeto de atraparte mejor. Esta casa ya es mía; ya he penetrado en ella y no me puedes arrojar: todo el mundo sabe que Páris ha entrado en tu casa, y tú, aunque emplees todas tus facultades, todo tu dinero, cuanto existe y cuanto vale en la tierra, no podrás convencer á nadie de lo contrario...”

—“¡Oh! yo no sé lo que haré—grité desesperado;—yo voy á pegar fuego á esta casa para que perezcamos todos.”

—“¡Fuego—dijo él, riendo diabólicamente é incorporándose en el lecho:—¡fuego! si ese es mi elemento, si vivo en él: fuego es mi

sangre, mi aliento, mi mirada, mi palabra; quemó, devoró, aniquiló. No opongas á mi poder esos elementos venales que á un signo mío obedecen sumisos. Yo digo al aire: "agita sus cabellos, lleva á su oído ecos que la sumerjan en esas meditaciones vagas, de cuya confusión sale luminoso, inexorable el primer mal pensamiento," y el aire me obedece. Yo digo al agua: "ve y acaricia con irritante frialdad ó calor suave su cuerpo que en las ondas del baño se abandona indolente; difunde en ese cuerpo la languidez, y altera la serenidad de su cabeza, produciendo el mareo voluptuoso que engaña la conciencia y hace accesible la fortaleza del recato," Y el agua me obedece. Yo digo al fuego: "corre por sus venas, enardece su corazón, y haz brotar en su pensamiento esa chispa incendiaria que es la abdicación postrera de la voluntad," y el fuego me obedece. Yo digo á la luz: "refleja en el espejo las hermosas líneas de su rostro, y lleva de su espejo á sus ojos la imagen del cuello, del labio, de la cabellera, del talle, para que aumente su amor propio, baluarte formidable que me defiende," y la luz me obedece. Aún más: yo soy ese aire murmurador, esa agua voluptuosa, ese fuego que inflama, esa luz que adula. Ciego: me estás viendo, crees que estoy aquí.

No: yo estoy allá, junto á ella: yo no la abandono nunca, porque soy su idea, su mal pensamiento, su mal deseo: yo no me separo de ella jamás. En vano tratas de perseguir ese mal pensamiento, ese anhelo, cuando por un singular fenómeno se te presenta en forma humana. Torpe, ¿no comprendes que yo no puedo ser enterrado bajo un montón de piedras? ¿No ves que es imposible matarme de un tiro como se mata á un pájaro, á un ladrón?"

—“Calla por piedad, monstruo —exclamé angustiado.—¿Qué delito he cometido para tan gran tormento? Porque esto es castigo, sí, de algún crimen ignorado. Yo que soy la probidad, el pundonor, la lealtad, la sobriedad, ¿por qué he merecido esta tortura, que produce un trastorno en todas mis facultades y acabará por volverme loco?”

—“Tú tienes la culpa—dijo Páris con serenidad, sin dar ya señales de postración, y como si un médico sobrenatural hubiera sanado por encanto su herida;—tú tienes la culpa, tú que me has llamado, que me has traído, que me evocaste con la fuerza de tu entendimiento y de tu fantasía.”

—“Pues yo, con esa misma fuerza, te conjuré para que me dejes en paz. Yo no puedo vivir así, diablo, espíritu, pensamiento, ó lo que seas. Vete: yo te arrojo de mi cabeza: yo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

te expulso de mí ya que no has querido darme la muerte, vete, porque esto es mil veces peor que morir.”

—“¡Irme! no puede ser—contestó mi enemigo, encendiendo un cigarrillo de papel.—Ni yo, aunque quisiera, tengo poder para abandonarte. Mientras tú tengas ideas y sensaciones, yo estaré aquí. Renuncia á todo eso y me iré: resignate á ser, en vez de hombre inteligente y sensible, una máquina automática, sin ninguna vida espiritual; resignate á ser un bulto vivo, y entonces me marchó.”

—“Me resignaré. Yo quiero morir ó no pensar, yo quiero ser una bestia, y no sentir en mi cabeza esto que llevo desde el nacer para tormento mío.”

—“No lo tomes así, tan á pechos—repuso;—estas cosas deben considerarse con calma: sé filósofo; ten esa grandiosa serenidad que ha hecho célebres á muchos maridos, y no quieras sobreponer un falso pundonor á ciertas leyes sociales que nadie puede contrariar.”

—“No me trastornes más; yo quiero morir; quiero ser sacrificado á este pensamiento que me ha devorado, consumiéndome todo.”

“Decía yo esto con la mayor sinceridad, amigo; deseaba morir ó vivir sin conciencia ni entendimiento; si esto era vivir, había en mí como un delirio, una excitación tal,

que nunca después he vuelto á experimentar cosa parecida. Fijaba mi vista en aquel hombre, le tocaba, le veía, tenía todos los fundamentos necesarios para creer en su existencia, y aún me parecía todo un sueño.

„¿Á usted no le ha pasado que al sufrir los tormentos de una pesadilla, se muestra íntimamente incrédulo ante tantos dolores, y dice “esto es sueño,” como si una chispa de razón velara cuando todas las facultades se nublan, menos la fantasía, que lo domina todo á sus anchas? Pues lo mismo yo, en aquel delirio angustioso, decía para mí á veces: “esto es un sueño.” Pero la realidad me desmentía: hallábame en mi casa; me reconocía despierto, como ahora me reconozco vivo. Iba y venía, presa de una horrible ansiedad, y todo lo que me rodeaba era real, las personas las mismas, idénticos los objetos. Salía de mi cuarto á ver si la impresión de cosas externas me daba alguna luz; pero nada lograba. Por fin determiné ausentarme de allí: cerré el cuarto, dejando dentro al herido, y fui á la habitación de Elena. Cuando entré, mi mujer se sobrecogió de espanto, tembló, y después me dijo algunas palabras mal articuladas, porque el terror le embargaba la voz. No sé qué íntimo convencimiento me obligó á mirar todo, á registrar todo, agitado, con-

vulso, demente. La infeliz gemía: creo que la maltraté. Después, andando de un lado para otro, registraba con afán, y era tal mi trastorno, que hasta debajo de las sillas, dentro de los vasos de su tocador y entre las hojas de los libros quería encontrar lo que buscaba. Allí no había nada; yo nada ví; pero tenía la convicción profunda de que allí estaba: en el aire, en la sombra, en el perfume, en el eco de nuestras voces, en todo me parecía sentir la presencia de aquel maldecido. "¿Dónde está? — grité... — ¡aquí hay alguno!", — "¿Quién? — dijo ella desesperada.", — "¡Ese contesté yo, — ese mónstruo, ese espíritu, ese hombre! Yo sé que está aquí, yo le siento, yo le oigo. Sí, Elena, está aquí: tú le tienes. Le veo en tus ojos, le oigo en tu voz, está aquí."

„Y en efecto, la sombra de todos los objetos me parecía su sombra, el eco de nuestras voces parecíame su voz, y en los vagos accidentes de la luz, del sonido, del tacto, me parecía encontrar algo de la persona, del aliento de aquel genio execrable. Elena lloraba con tanto desconsuelo, que me fué imposible reprimirla. Únicamente le decía: "Sí, aquí está, aquí está.", Por fin, salí de allí, porque me trastornaba más cada vez, y volví á mi cuarto, donde le había dejado cerrado con llave. Al entrar dí un grito: el herido no es-

taba allí. Mi espanto fué tal, que no pude dar un paso, y me dejé caer en un sillón. Las fuerzas me faltaban ya por efecto de las continuas y dolorosas impresiones de aquel día; me desvanecí, me desmayé, y á no haberse entregado espontáneamente mi naturaleza al reposo, no sé qué hubiera sido de mí. Quedé inactivo y como muerto durante largas horas. En el momento de recobrar el tino, amanecía. Sentí ruido en la puerta, miré, y era Páris, que entraba de bata, pantuflas, y con el cabello en desorden, como quien se levanta de la cama. Pasó delante de mí mirándome con la diabólica sonrisa que era en él constante. Yo le miré también largo rato, y el estupor, cierto marasmo moral que yo sentía, impidieronme dirigirle la palabra en mucho tiempo.

.....

Quando esto decía el doctor, hallábase también poseído de aquel marasmo moral que refería. Tenía turbios los ojos, lenta la voz, difícil el aliento; estaba fatigado, y sin duda el recuerdo de los sucesos referidos le producía muy fuerte emoción. Por eso, y considerando lo que padecía el infeliz al traer á la memoria su insana idea, no me atreví á hacerle las mil observaciones que sobre el caso se me ocurrían; reflexiones que hubieran entibiado mucho el entusiasmo y fe con que refería tales locuras.